

En torno a la pregunta por la identidad¹

La cuestión de la identidad se explora recurriendo a los aportes del psicoanálisis. Desde la perspectiva de Freud se muestra la relación de la identidad con las identificaciones.

Se reflexiona sobre la formulación de la pregunta por la identidad. Para ello se toma a dos autores que tematizan el asunto a partir de sus vivencias personales.

Entendemos que tras la supuesta fortaleza de la identidad, no es posible ocultar la endeblez de este constructo. La pregunta por la identidad surge como producción subjetiva a partir de los quiebres biográficos, justamente donde se falla en el encuentro con lo idéntico.

Por: Ana Laura Rodríguez

Abstract

The question of the identity is explored through the contributions of psychoanalysis. From the perspective of Freud is the relationship of identity with the identifications.

It reflects on the wording of the question for the identity. This is taken from two authors who conceive the matter from their personal experiences.

We understand that after the supposed strength of identity, it is not possible to hide the weakness of this construct. The question of identity emerges as subjective production from the biographical breaks, just where it fails in the encounter with the identical.

1 Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto de investigación «La relación entre la formación de licenciatura y la formación docente» del Ciclo de Profesorado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNCuyo, actualmente en curso.

En este trabajo la cuestión de la identidad se configura desde dos costados. Por un lado, respecto de los significados y alcances del concepto en sí. Por otro, con relación a los quiebres biográficos en que despunta en el sujeto la pregunta por la identidad.

Respecto de la primera, destaquemos que «la identidad es un amasijo de problemas en lugar de una sola cuestión» (Bauman, Z., 2007:33). Se trata de un término alrededor del cual no existe homogeneidad conceptual. Aquí se presentan algunos de sus usos, abriéndolos a significaciones desde la perspectiva psicoanalítica.

Respecto de la segunda, la intención es mostrar, a partir de datos biográficos y relatos de vida, cómo atraviesa y se construye la pregunta por la identidad en dos autores que, desde la psicología y la sociología respectivamente, tematizan el asunto.

El término identidad en Freud

Freud utiliza en muy pocas ocasiones el término identidad y, cuando lo hace, es en dos acepciones diferentes. Lo emplea al comienzo de su obra para explicar el funcionamiento del psiquismo. En una segunda instancia, para referirse a su propia relación de ligazón con el judaísmo. En ninguno de ambos aborda la cuestión de la identidad en sí. Pero el acercamiento a los usos que hace de esta palabra, teniendo en cuenta los contextos en que la utiliza, permite abrir a nuevos sentidos el concepto de identidad.

Freud trabaja la constitución del aparato psíquico primitivo en el *Proyecto de psicología* y en *La interpretación de los sueños*, a partir de lo que llama la «primera experiencia de satisfacción»². Esta experiencia que Freud piensa como inaugural

2 En los apartados C y E del capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, Freud explica que la función del aparato psíquico es mantenerse libre de estímulos para no sufrir un aumento de tensión. Frente a un estímulo doloroso, huye, acción que no puede realizar ante una necesidad interna. Al no poder eliminar la tensión (producida por ejemplo por el hambre), el niño produce una descarga motriz (grito, llanto). Por su inmadurez, no puede satisfacerse solo, es necesario que otro ser humano (un individuo experimentado) interprete el llanto y lo calme, brindándole alimento. Cuando se alimenta al niño, se produce una vivencia de satisfacción que cancela el estímulo interno. En este momento algo de la necesidad se satisface y algo queda sin satisfacción. A la corriente que se dirige de lo experimentado como displacer al placer buscado, Freud la llama deseo. El primer deseo consiste en investir alucinatoriamente el recuerdo de la satisfacción. Quedan así asociadas la huella mnémica del estado de insatisfacción con la imagen mnémica de la satisfacción. Cuando la necesidad nuevamente aparece, el aparato psíquico investirá la imagen mnémica de la satisfacción, intentando repetir la satisfacción primera (FREUD, Sigmund. *La interpretación de los sueños* (1901[1900]) *Obras Completas*. Amorrortu, Buenos Aires, 2004. Volumen V. Capítulo VII. También se puede consultar un escrito anterior: FREUD, S., *Proyecto de psicología* (1950[1895]) Opus cit. Volumen I, páginas 341 y 362-364).

para el psiquismo desencadena dos modos de funcionamiento del aparato. El proceso primario que corresponde al inconsciente y que tiende a buscar una percepción idéntica del objeto de satisfacción. Y el proceso secundario que rige el funcionamiento preconsciente-consciente, donde la identidad buscada es la de los pensamientos entre sí (Freud, S., 2004: 557-558).

Detengámonos en la identidad de percepción y de pensamiento: cada vez que el recién nacido sienta insatisfacción (hambre por ejemplo), tenderá a buscar la huella de la satisfacción primera. Allí se produce una alucinación que calma momentáneamente, pues se encuentra una imagen psíquica y no un objeto real; esto es lo que Freud denomina identidad de percepción. Como la alucinación no puede ser mantenida hasta el agotamiento sin lograr la satisfacción de la necesidad, debe aparecer la actividad de un segundo sistema que impida que la actividad psíquica regrese hasta el polo perceptual y logre conducir la excitación para modificar de algún modo la realidad exterior. Es así que el aparato psíquico comienza a complejizarse y se instaura un segundo modo de funcionamiento psíquico: el proceso secundario que busca la identidad de pensamiento.

Lo que interesa destacar aquí es que el sujeto al buscar lo idéntico —es decir, al buscar nuevamente la experiencia con el objeto que lo satisfizo—, no encuentra eso, sino una imagen mnémica de esa experiencia. Es decir, al buscar lo mismo, encuentra algo diferente: una representación, una huella psíquica, algo que quedó como marca de la vivencia en el psiquismo. Lo percibido en sí no se recupera. Es por la diferencia entre lo buscado y lo encontrado que surge el deseo, motor del psiquismo. En la búsqueda de nuevas satisfacciones parciales, el aparato psíquico se complejiza, movido por el deseo, «porque no hay identidad, es que hay deseo» (Elgarte, R., 2009). De modo que es imposible encontrar en el terreno de lo psíquico algo idéntico a la experiencia vivida. Al buscar lo igual se encuentra lo diferente.

Es esta una primera acepción de la palabra identidad en psicoanálisis, donde se presenta ya algo paradójico: en la identidad (de percepción) se conjuga lo nuevo hallado con lo anterior buscado; buscando lo idéntico, se encuentra lo diferente.

Freud y la conciencia de identidad

En el segundo momento en que Freud utiliza el término identidad, no intenta explicar ni definir el concepto, sino que lo menciona en un relato acerca de sí

mismo. Pero ese texto deja pistas que permiten pensar la relación entre identidad e identificaciones. Es importante volver sobre él para inferir cómo entiende la identidad en ese contexto y porque permite advertir la génesis de la cuestión de la identidad hacia las identificaciones³.

Se trata de un discurso que fue leído en su nombre, en ocasión de su 70º cumpleaños, en 1926. En esa circunstancia, emplea el término identidad para expresar aquello que lo ligaba al judaísmo: «... restaban sobradas cosas que volvían irresistible la atracción del judaísmo y de los judíos, muchos poderes de oscuro sentimiento, tanto más imperiosos cuanto menos admitían ser capturados con palabras, así como la clara conciencia de la identidad íntima, de la familiaridad en una misma construcción anímica. Y a esto se sumó pronto la intelección de que debía precisamente a mi naturaleza judía las dos cualidades que se me habían vuelto indispensables en el difícil sendero que la vida me deparaba» (Freud, S., 2004h: 263-264). ¿A cuáles cualidades se refiere? A su libertad respecto de algunos prejuicios que limitaban a otros hombres intelectualmente y a su disposición para ubicarse en la oposición y renunciar a la pertenencia de la «compacta mayoría».

Interesa detallar las circunstancias de esta alocución. Se trata de una carta leída en una reunión de la Sociedad B'nai B'rith⁴. En esta oportunidad se dirige a los miembros de la entidad llamándolos «hermanos» y se remonta a los orígenes del psicoanálisis, señalando que mientras muchos otros se alejaban de él asustados por sus «desagradables hallazgos», en cambio encontró en esta sociedad un grupo de hombres de amplia cultura y elevados valores que lo recibieron amistosamente.

Es sabido que Freud sufrió diversas muestras de hostilidad durante su vida, tanto por ser judío como por el decurso de su actividad investigadora. El rechazo osciló entre el desprecio solapado hasta la franca persecución en sus últimos años.

3 Erik Erikson llama la atención sobre este texto de Freud; se puede consultar: ERIKSON, Erik. *Identidad, juventud y crisis*. Paidós, Buenos Aires, 1971, página 17.

4 La Sociedad B'nai B'rith: cuyo nombre significa «Hijos del Pacto», es una organización judía con fines culturales, intelectuales y de beneficencia. Freud pronunció numerosas conferencias en ese ámbito. En esta ocasión el discurso fue leído por otro miembro de la sociedad en la reunión, ya que desde 1923 Freud no concurría a los encuentros de la logia (Freud tenía dificultades en el habla desde esa época, debido al uso de la prótesis para separar la cavidad nasal de la cavidad oral). Ver nota introductoria de James Strachey en FREUD, Sigmund. *Alocución ante los miembros de la Sociedad B'nai B'rith*. Opus cit. Volumen XX, págs 261-262. También BURKMAN, Jorge. *Sigmund Freud en B'nai B'rith* disponible en www.bnaibrith.org.ar/pdfs/memoriayprotagonismoweb.pdf

A partir de sus palabras en este discurso y de las circunstancias en que son pronunciadas, entendemos que la identidad marca un sentido de pertenencia, proporcionando seguridad. Son las cualidades transmitidas por ese grupo las que él considera que le permitieron avanzar en la vida. Frente a los sentimientos de soledad, de abandono y exclusión, el colectivo aparece como un reaseguro: permite definirse desde la pertenencia a una determinada categoría social. El saberse *parte de* proporciona suficiente fuerza como para oponerse a los *otros* diferentes y amenazadores. El *ser parte* se basa en rasgos en común por él apreciados, que se unifican en su identidad de judío perteneciente a esa sociedad. En el sentimiento de identidad, las diferencias con los propios se borran, mientras que las diferencias con los demás, se agrandan.

El sentido de pertenencia a un grupo (como diferente a otros) está en cercanía de lo que llama «conciencia de identidad». Pero esa identidad —de la que en ese momento él es consciente— se ha constituido a partir de sucesivas y numerosas identificaciones con rasgos o atributos de los otros que lo componen⁵. Para sentir que se pertenece a un determinado colectivo hay que contar con ciertas características que se comparten y son valoradas por todos sus miembros.

Freud muestra que allí, donde se cree tener una identidad que unifica frente a los otros, se encuentra un precipitado de identificaciones.

5 En este artículo se está trabajando con relación a la pertenencia a un grupo secundario, como es la Sociedad B'nai B'rith. Pero desde luego se trata de cómo la pertenencia a ese grupo hace serie con marcas que están inscriptas desde la más temprana infancia: no es un dato menor que Freud proviene de una familia judía, en la cual los ideales que menciona, como también los sentimientos de ser rechazados y excluidos por grupos mayoritarios estaban fuertemente instalados. Se puede consultar FREUD, S. *Presentación autobiográfica* (1925[1924]). Opus cit. Volumen XX, páginas 8-9. Ver también JONES, Ernest. *Vida y obra de Sigmund Freud*. Hormé, Buenos Aires, 1996. Tomo I, páginas 11-25. Muy interesante resulta la biografía escrita por el médico personal de Freud, en SCHUR, Max. *Sigmund Freud. Enfermedad y muerte en su vida y en su obra*. Paidós, Barcelona, 1980, páginas 48-54. Interesa destacar aquí que Freud se integra a la B'nai B'rith a los pocos días de cumplirse el primer aniversario de la muerte de su padre y en el momento en que un conocido antisemita había asumido la intendencia de la ciudad de Viena.

De la identidad a las identificaciones

Freud se acerca a la cuestión de las identificaciones a partir de su trabajo en la clínica⁶. En las primeras menciones a este término, se refiere a la participación de este mecanismo psíquico en el síntoma, en los procesos que se dan en el duelo y en la melancolía, en la transferencia del paciente con el analista y en la formación de los sueños. En todos, se trata de un producto psíquico que se constituye *tomando prestado* un aspecto de otra persona del entorno, con la cual el yo encuentra un punto de contacto y a partir del cual se modifica a su vez. Más adelante en su obra, a medida que toman mayor relevancia sus construcciones teóricas sobre el Edipo, trabaja la identificación en tanto mecanismo que participa en la resolución del complejo. Por último y en el marco de su segunda tópica, recurre en numerosas ocasiones al proceso de identificación para explicar la constitución del superyó a partir del ello⁷.

De modo entonces que el mecanismo psíquico de la identificación no es uno más entre otros para Freud. Se trata de un proceso que es fundamental en la constitución subjetiva y en las posteriores transformaciones del sujeto.

Pero debe advertirse que la identificación no es una copia consciente ni voluntaria: es decir, no es una imitación, mucho menos una simulación. Se trata de un proceso inconsciente e involuntario por el cual el yo hace propio un aspecto de alguien, sin saber que lo hace.

Es en *Psicología de las masas y análisis del yo*, escrita en 1921, donde Freud desarrolla más exhaustivamente la cuestión de la identificación. Nos interesan sus formulaciones en esta obra porque ordena tres formas de identificación y por la diferenciación que hace entre identificación e idealización.

6 En escritos muy tempranos, como el *Manuscrito N*, de 1897, menciona la identificación en relación con la sintomatología histérica y en procesos como el duelo. Cf. FREUD, S. *Manuscrito N*. (1897). Opus cit. Volumen I, página 296. Entre otros casos clínicos, puede consultarse el caso Dora, de 1901, en el que explicita en varias ocasiones la identificación como proceso presente en los síntomas y la transferencia. Cf. FREUD, S. *Fragmento de análisis de un caso de histeria*. Opus cit. Volumen VII. En este caso pueden buscarse entre otras las páginas 73 (respecto del síntoma) y 93-94 (respecto de la transferencia).

7 Para ver en detalle estos dos últimos aspectos (la identificación en el Edipo y como proceso presente en la constitución del superyó) se puede consultar: FREUD, S. *El yo y el ello* (1923). Opus cit. Volumen XIX. Especialmente págs. 30 a 40. También FREUD, S. *El sepultamiento del Complejo de Edipo* (1924). Opus cit. Volumen XIX, página. 184 y FREUD, S. *31ª conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica* (1933[1932]). Opus cit. Volumen XXII.

Explicita tres clases de identificaciones. La primera se refiere a la más temprana, la identificación primaria que da lugar a que advenga un sujeto humano. «El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona» (Freud, S., 2004e: 99); se trata de la forma originaria, preedípica, de lazo afectivo con el objeto. Resulta difícil en esta instancia distinguir claramente entre identificación e investidura de objeto, lo que no ocurre en las otras dos formas.

El segundo tipo de identificación tiene lugar cuando se sustituye una elección objetal abandonada; en ese caso el yo toma sobre sí las propiedades del objeto. Ésta se refiere a la declinación del complejo de Edipo, cuando se abandona a los padres como objetos sexuales, sustituyendo esa elección por identificaciones con ellos.

La tercera y última forma de identificación se refiere a la formación del síntoma. En ésta se prescinde completamente de la relación con la persona a la que se copia: «El mecanismo es el de la identificación sobre la base de poder o querer ponerse en la misma situación» (Freud, S. 2004e: 101). Este tipo puede surgir a partir de cualquier comunidad, y «mientras más significativa sea esa comunidad, tanto más exitosa podrá ser la identificación parcial y, así, corresponder al comienzo de una nueva ligazón».

Vemos que en las dos primeras hay un lazo afectivo con el objeto: en la primera se trata justamente de ese lazo afectivo primordial. En la segunda, el yo cambia la elección de objeto por la identificación (abandona el objeto de su pulsión sexual, pero se modifica en base a éste): se produce una introyección del objeto en el yo. Mientras que en la tercera el objeto es indiferente para el yo: la identificación se produce independientemente del tipo de relación. Es la identificación que está en la base de la formación de las masas.

Para distinguir la identificación de la investidura sexual de objeto, Freud explica que la identificación se refiere a «lo que uno querría ser», mientras que el amor de objeto se refiere a «lo que uno querría tener». La identificación aspira a configurar el yo propio a semejanza del otro tomado como modelo.

Esta última diferenciación a su vez le permite marcar límites entre identificación e idealización. En el proceso de idealización, el yo se vuelve cada vez más modesto, mientras que el objeto se vuelve más grandioso y valioso: el objeto se ha puesto

en el lugar del ideal del yo⁸. Así, la idealización se relaciona con la «servidumbre enamorada», situación en la que el sujeto queda casi anulado. En el enamoramiento se produce una sobreestimación del objeto, se suspende el juicio crítico respecto del objeto. El objeto sirve para sustituir al ideal del yo propio, no alcanzado. «Se ama en función de perfecciones que se han aspirado para el yo propio y que ahora a uno le gustaría procurarse, para satisfacer su narcisismo, por este rodeo» (Freud, S. 2004e: 106).

La diferencia esencial que establece es que en la identificación, el objeto se pone en el lugar del yo, mientras que en la idealización, se pone en lugar del ideal del yo. Las identificaciones contrariamente a la idealización, enriquecen al yo.

Podemos pensar que las identificaciones se producen justamente al no haber una identidad acabada para el sujeto, algo que pueda decirle exactamente quién es. Éstas van dando respuestas parciales, que van constituyendo un complejo entramado con apariencia de unidad e integridad.

Freud en la B'nai B'rith encuentra una entidad que lo contiene y le proporciona fortaleza en su vulnerabilidad. Sin embargo allí donde muestra su identidad de judío, enseña en acto que lo que la sostiene son las identificaciones. Freud no tematiza la identidad, sin embargo su relato subjetivo deja pistas que permiten recorrer parte del edificio teórico para pensar el asunto.

Ahora nos interesa mostrar la articulación entre la biografía personal, la formulación de la pregunta por la identidad y las conceptualizaciones que de ella se desprenden. Para ello, hemos tomado dos autores que provienen del campo de la psicología y de la sociología respectivamente y que trabajan de manera explícita la cuestión.

8 No es objeto de este trabajo profundizar el concepto de ideal del yo. Sin embargo, es necesario aclarar que en este momento de la obra de Freud, la noción de ideal del yo es muy cercana a la de superyó, en tanto es una formación que se separa del yo y desempeña las funciones de observación de sí, la conciencia moral, la censura onírica y el mantenimiento de la represión. En el marco de *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud explica que el hipnotizador, el conductor y el amado ocupan el lugar de ideal del yo (lugar en el cual el yo proyecta su propio yo ideal). Un discernimiento más sistemático entre yo ideal e ideal del yo es abordado por Jacques Lacan, a la luz su ordenamiento de la experiencia en los registros real, imaginario y simbólico. Para esta diferenciación, puede consultarse el Seminario de 1953-1954 donde, a partir del modelo óptico, muestra de qué modo el ideal del yo comanda el funcionamiento del yo ideal. Cf. LACAN, Jacques. *El Seminario. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud. 1953-1954*. Paidós, Barcelona, 1983; especialmente los capítulos IX, X y XI.

Eric Erikson: una exagerada y dolorosa conciencia de identidad

Eric Erikson fue un discípulo alemán de Anna Freud, que emigró a Estados Unidos y allí desarrolló sus investigaciones, centrando sus estudios en el yo⁹. A tal punto la instancia yoica es el eje de sus estudios que afirma, en 1959, que «el psicoanálisis está abocado en la actualidad al estudio del yo, un concepto que denota la capacidad del hombre para unificar su experiencia y su acción en forma adaptativa» (Erikson, E., 1970: 11).

Hizo aportes importantes a la Psicología del Desarrollo al elaborar su propia teoría de las etapas psicosociales del ciclo vital. Dedicó gran parte de su obra a estudiar la identidad a partir de las experiencias de sujetos en crisis y de personalidades excepcionales. El tema de la identidad está presente prácticamente en toda su obra.

Nos interesa aquí comentar algunos de sus desarrollos para llegar a relacionar su formulación de la *conciencia de identidad* con el modo en que lo atraviesa la pregunta por la identidad desde su biografía.

A partir de su trabajo en rehabilitación con veteranos de la Segunda Guerra Mundial, llega a sostener que el sufrimiento psíquico y la enfermedad mental no se producen por las heridas de la guerra, sino que son efecto de la pérdida del sentimiento de *mismidad personal* y *continuidad histórica*. Estas nociones –mismidad y continuidad– son fundamentales en su concepción de la identidad; volverá sobre ellas cada vez que trabaje el tema¹⁰.

Destaca que en esos ex combatientes, el control central sobre sí mismos estaba dañado. Como la función de control se adscribe al yo, habla de una pérdida en la *identidad del yo* (Erikson, E. 1971: 14). Con esta expresión se refiere a la cualidad yoica de la existencia de la identidad, a su reconocimiento desde el yo¹¹. Define

9 En el marco de la segunda tópica freudiana (yo, ello, superyó), el yo es una parte alterada del ello que se produce por influencia directa del mundo exterior. El yo engloba lo consciente y lo preconsciente, pero también una parte inconsciente. Tiene funciones múltiples: se empeña en hacer regir al principio de realidad, es el representante de la razón y la prudencia, gobierna sobre la motilidad, opera la represión, es sede de las resistencias e intenta armonizar las exigencias del ello, del superyó y del mundo externo. Ver FREUD, S. *El yo y el ella*. Opus cit. También FREUD, S. *31ª conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica*. Opus cit.

10 Entre otras pueden consultarse, fundamentalmente: ERIKSON, E. *Infancia y sociedad*. Hormé, Buenos Aires, 1970, página 235, y ERIKSON, E. *Identidad, juventud y crisis*. Opus cit.

11 Nos interesa especialmente el reconocimiento por parte de Erikson de esta participación del yo en la percepción personal de la identidad.

a la identidad como «una sensación subjetiva de mismidad y continuidad vigorizantes» (Erikson, E., 1971: 14). Entiende por ello el sentimiento de ser el mismo a lo largo del propio desarrollo biográfico; sentimiento basado en el reconocimiento de uno mismo y en el de los demás.

Erikson considera que a nivel psicológico la constitución de la identidad implica procesos simultáneos en todos los niveles del funcionamiento psíquico. Al configurarse la identidad —hacia el final de la adolescencia—, el sujeto incluiría todas las identificaciones significativas, modificándolas en parte, con el fin de lograr un todo único y coherente con ellas.

Si bien este proceso sería en su mayor parte inconsciente, cuando se presentan circunstancias exteriores adversas, se llega a tener «una exagerada y dolorosa conciencia de identidad». Cuando hay crisis, accidentes biográficos, dificultades o cambios, el sujeto se vuelve «demasiado consciente» de la problemática de su identidad. Señala que cuando se está por obtener la identidad, o cuando se está por entrar en una crisis, hay una conciencia de identidad más aguda. ¿Cuándo el sentimiento de identidad permanece inconsciente? Cuando hay un bienestar subjetivo que proviene del reconocimiento de sí mismo y de los otros significativos.

Si tomamos los términos tan frecuentemente usados por Erikson, como mismidad, continuidad, «todo único y coherente», se advierte la actividad de síntesis propia del yo. Se trata de construcciones yoicas que permiten mantener la ilusión de la propia unidad (frente a la fragmentación y los límites del cuerpo), del saber la dirección de la propia vida (frente a la incertidumbre del futuro), del reconocimiento de los otros (frente a las dificultades que indefectiblemente plantean los vínculos). Podemos pensar a estas funciones yoicas como prótesis necesarias para afrontar la fragilidad propia de toda existencia humana.

Llaman poderosamente la atención en la historia vital de Erikson los quiebres en la mismidad, la continuidad y el reconocimiento de los otros. Pondremos de relieve algunos datos que nos permitirán pensar acerca de aquello que lo atraviesa en su pregunta por la identidad desde su biografía¹².

12 Para ampliar la biografía de Erik Erikson se puede consultar ERIKSON, E. *Historia personal y circunstancia histórica*. Alianza, Madrid, 1979. También ROUDINESCO, Elisabeth y PLON, Michel. *Diccionario de Psicoanálisis*. Paidós, Buenos Aires, 1998, págs. 261-262 y CLONINGER, Susan. *Teorías de la personalidad*. Pearson Educación, México, 2003, págs. 135-136. De particular interés resultará la lectura del artículo de RODRÍGUEZ SUTIL, Carlos. «Erik Erikson: el hombre que se hizo a sí mismo», en *Clinica e Investigación Relacional*. Vol 2, 2008, págs. 354-357 [http://www.psicoterapiarelacional.es/CelRREVISTAOnline/CEIRPortada/tabid/216/Default.aspx]

Su padre biológico, de origen danés, lo abandonó apenas nacido. Durante sus primeros años lo crió su madre, quien no le reveló el nombre de su padre. Luego ella se casó con Theodor Homberger cuyo apellido llevó Erik durante gran parte de su vida. Por años, ignoró completamente su origen.

En su juventud Erik fue artista y se encontró con el psicoanálisis a través de sus amigos, entre ellos Peter Blos. Cuando los nazis tomaron el poder, abandonó Viena y emigró primero a Copenhague —donde se le otorgó la nacionalidad— y luego a Estados Unidos, donde se radicó definitivamente. Allí se dedicó a trabajar en especial con adolescentes, específicamente en las problemáticas vinculadas con la construcción de la identidad.

Destaquemos que durante su vida, usó tres apellidos diferentes. Hasta los siete años había llevado el apellido del primer marido de su madre (que no era su padre) y luego el de su padrastro. Al serle otorgada la ciudadanía estadounidense en 1939, cuando tenía treinta y siete años, adoptó oficialmente el apellido Erikson, dejando de lado el de su padre adoptivo. Sus biógrafos destacan que no se sabe por qué tomó tal decisión¹³.

La traducción del sufijo *son* es hijo, de manera que el nombre por cual se hace llamar significa *Erik el hijo de Erik*.

Es sugerente que construyera su propio apellido a partir de su nombre de pila. Puede pensarse que se desligó de las generaciones anteriores que no lo reconocieron a su vez (de eso da cuenta el apellido, que representa la ligazón vertical) y consiguió ligarse en el eje de los pares (de lo cual da cuenta el nombre de pila). Es en este eje horizontal en el que Erikson encontró el reconocimiento de los otros, en el país que lo «adoptó»¹⁴.

13 Interesante resulta la hipótesis de Carlos Rodríguez Sutil sobre la creación del nombre Erikson. Señala el autor (...) «que (Erikson) sustituyera mediante este artificio el vínculo paterno ausente y lograra un cierto consuelo narcisista ante la carencia parece, por tanto, más que probable. En definitiva, si el otro no me quiere o me reconoce, me veo en la obligación de hacerlo yo mismo. Erikson se presentó simbólicamente como padre de sí mismo en la cultura norteamericana, para él nueva y promotora del *self-made-man*, y logró desarrollar una brillante carrera». RODRÍGUEZ SUTIL, C. Artículo citado.

14 A diferencia de su propio padre y la nacionalidad que por éste debió haber tenido: en Dinamarca no pudo residir ni obtener ciudadanía.

Es manifiesto que su obra está atravesada por experiencias de abandono, dudas acerca de su origen, migración y exilio. La mismidad y la continuidad, quebradas por la falta de reconocimiento de los otros significativos... de su padre en primer lugar. Él mismo dirá que el confuso bagaje acerca de su origen que cargaba desde su infancia lo hizo desarrollar su interés por la cuestión de la identidad.

En este detalle biográfico, encontramos un Erikson que es en sí una muestra de una «exagerada y dolorosa conciencia de identidad». Así pues, la conciencia de identidad se hace manifiesta en relación a las fracturas de la propia historia.

Bauman: la cuadratura del círculo

Nos acercamos al pensamiento de Zygmunt Bauman ya que desde el campo de la sociología, realiza un aporte valioso para pensar cuestiones que venimos planteando.

Bauman aborda manifiestamente la cuestión de la identidad desde una circunstancia autobiográfica.

Así, comienza su libro de entrevistas *Identidad* relatando una experiencia personal. Cuando estaba por ser nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad Carolina de Praga, y se le hizo elegir entre el himno polaco y el británico para tal acto, no le resultó sencillo responder¹⁵. ¿Por qué esta dificultad? Se trataba justamente de una falta de coherencia en su identidad... relacionada en este caso con su nacionalidad.

Bauman nació en Varsovia. Cuando el nazismo llegó a Polonia, con su familia emigraron a Rusia. Luego regresó y estudió sociología y filosofía en su país natal. Siendo joven aún, fue obligado a renunciar a su nacionalidad y emigrar, por la política antisemita del gobierno después de los sucesos de marzo de 1968. Se radicó en Leeds (Inglaterra) en 1971, donde formó su familia, practicó la docencia y lleva adelante sus investigaciones. Sostiene que, si bien nació en Polonia y es considerado polaco por los ingleses, es Inglaterra el país que le permitió y le permite desarrollarse.

Resolvió la disyuntiva respecto de los himnos tomando una sugerencia de su mujer: hacer que se interpretara el himno europeo. Después de todo, « *europeo sí era y nunca lo he dejado de ser*» (Bauman, Z., 2007: 28). Esta decisión era, según Bauman, inclusiva y exclusiva al mismo tiempo, convocaba a una entidad que tomaba los dos puntos de referencia de su identidad y al mismo tiempo eludía las diferencias existentes entre ellas.

En esta sencilla anécdota se condensa una serie de cuestiones que venimos tratando en torno a la identidad: igualdad y diferencia, inclusión y exclusión, continuidad y cambio.

Bauman destaca que «los buscadores de identidad tienen que enfrentarse indefectiblemente a la abrumadora tarea de «cuadrar el círculo»: esta expresión genérica implica tareas que jamás se pueden completar en «tiempo real» sino que se supone que podrán llegar a su término con el tiempo: en el infinito...» (Bauman, Z., 2007: 30). Muestra de este modo que encontrar *una* identidad es tarea interminable, ya que lograrlo sería conseguir una consistencia absoluta para el sujeto, encontrar *la* respuesta a la pregunta sobre quién se es.

Hemos visto, con Freud, que no se es *uno*, sino que cada sujeto es en función de las múltiples identificaciones que lo constituyen. Tampoco la personalidad psíquica es *una*; no hay unidad ni integración total en el terreno psíquico. Sin embargo, el yo promueve el funcionamiento coherente: se encarga de armonizar entre las exigencias que provienen desde distintos frentes¹⁶.

Nos dice Bauman, a propósito de su propia experiencia de exilio: «No había lugar donde se pudiera considerar que yo encajaba en un cien por cien. En todos y cada uno de los sitios yo estaba *fuera de lugar* (Bauman, Z., 2007: 33). El *estar fuera de lugar* da cuenta de que la coherencia sostenida por el yo paga su precio. Es necesario relegar o tapar aspectos propios, a fin de lograr una totalidad donde reine una armonía, siempre ficticia e inestable. «Siempre hay algo que explicar, algo por lo que pedir disculpas, algo que esconder o, por el contrario, que mostrar ostensiblemente, algo que negociar, algo por lo que pujar o por lo que regatear. Existen diferencias que limar o que paliar o que, por el contrario, hay que agudizar más y hacer más legibles» (Bauman, Z., 2007: 35). Esto que hay que explicar,

15 Además del citado libro *Identidad*, puede consultarse: VIETES, Glenda. «Entrevista a Zygmunt Bauman». *El interpretador entrevistas*, 22 (2006) www.elinterpretador.net/22EntrevistaZygmuntBauman.html]

16 Cf. FREUD, S. 31° conferencia: *la descomposición de la personalidad psíquica*. Opus cit. En esta conferencia Freud desarrolla los «*vasallajes del yo*» y muestra lo costosa e inestable que es la mediación del yo entre las exigencias del superyó, el ello y el mundo externo.

esconder o aquello por lo que hay que pedir disculpas... es lo que no encaja del todo en la identidad. Hacer que todo encaje de modo consistente aparece pues, como una tarea imposible.

También a partir de su relato, muestra el punto en que se configura la pregunta por la identidad. Sostiene que él mismo no se hubiera formulado ningún interrogante si su destino hubiese sido el que se esperaba que fuese: vivir y morir en Varsovia. Se refiere entonces a las circunstancias que llevan a plantearse algo sobre la propia identidad: «...la gente no se plantearía tener una identidad si la pertenencia siguiera siendo un destino y una condición sin alternativa» (Bauman, Z., 2007: 32).

El sujeto se pregunta sobre su identidad en los momentos en que no pertenece, cuando lo que parecía iba a ser su rumbo, en realidad no lo es: allí donde falla eso que se creía acerca de uno mismo. Desde el no-lugar, surge la pregunta acerca de dónde se tiene lugar. «Hay que pagar el precio de aceptar que no se estará verdadera y totalmente en casa en ninguna parte» (Bauman, Z., 2007: 36).

La identidad es frágil, endeble, provisoria, vulnerable. La pregunta por la identidad surge en tanto se hacen manifiestas esas condiciones... en tanto lo que hace semblante de integridad tambalea y no puede obturar lo que falla en la supuesta unidad coherente.

Falla en el encuentro con lo idéntico

El aparato conceptual de Freud postula que desde el comienzo del psiquismo, al buscar lo idéntico (de la experiencia de satisfacción) se encuentra algo diferente (una representación, una huella que quedó de la experiencia). Pero es justamente en esa diferencia, en esa hiancia entre lo buscado y lo hallado, que se basa la posibilidad de movimiento del psiquismo. El psiquismo se complejiza por ese desencuentro porque en lo psíquico no hay lo idéntico.

Siendo que la identidad se percibe como tan íntima y singular para el sujeto, sin embargo se forma a partir de los otros sociales. De esto da cuenta el mecanismo de la identificación. Mecanismo que opera tomando prestado del otro, justamente allí donde no hay «lo esencial» para el sujeto. Otro modo de decir que no hay «lo idéntico» a sí mismo, que simplemente se despliegue.

La conciencia de identidad se presenta en Freud como un modo de respuesta en las situaciones de vulnerabilidad. Su identidad de judío le permite seguir adelante frente a la discriminación, exclusión y abandono de los otros sociales. La referencia a un grupo de personas con las que se identifica, produce un sentimiento de seguridad y pertenencia. Éstas se basan en aspectos en común y desconocen o minimizan las diferencias con los otros integrantes del colectivo. Por un momento se sostiene la ilusión de que los iguales son los miembros de la Sociedad B'nai B'rith... y los distintos son los demás. Esa ilusión funciona a la manera de una prótesis que permite soportar la fragilidad.

En Freud no encontramos teorización explícita sobre la identidad. Es rastreando en una carta dirigida a sus compañeros, que hallamos herramientas teóricas para pensar el asunto.

Erikson necesita inventarse un apellido, allí donde el que llevaba no le daba respuesta acerca de su linaje. Al contrario: era una muestra de la falencia en su origen. Eso le lleva a transformarse en función de sostener la coherencia para lograr su propio reconocimiento y el de sus pares. Responde al punto de inconsistencia desde una consistencia característica del funcionamiento del yo.

Bauman muestra que en la insistencia de la coherencia identitaria, el sujeto paga su precio recortándose. Tras la supuesta fortaleza de la identidad, hay momentos en que no es posible ocultar la endeblez y precariedad de este constructo. La pregunta por la identidad surge, justamente, en el punto donde lo irregular inesperado se hace presente donde se suponía la regularidad de un destino pautado.

Las historias de vida dan cuenta de esos lugares donde se falla en la búsqueda de lo idéntico.

Sin esos puntos de quiebre, allí donde falla la resistencia del yo no sería posible lo nuevo.

Al no encontrarse lo igual, lo mismo, lo continuo... en el encuentro con lo diferente, lo inesperado, lo irregular... se hace posible la producción de la pregunta por la identidad.

Bibliografía

- BAUMAN, Zygmunt. *Identidad*. Losada, Buenos Aires, 2007.
- BURKMAN, Jorge. «Sigmund Freud en B'nai B'rith» [www.bnaibrith.org.ar/pdfs/memoriayprotagonismoweb.pdf](2006).
- CLONINGER, Susan. *Teorías de la personalidad*. Pearson Educación, México, 2003.
- COSENTINO, Juan Carlos. *Construcción de los conceptos freudianos*. Manantial, Buenos Aires, 1994.
- ELGARTE, Roberto. «Consideraciones psicoanalíticas sobre la identidad», en *III Jornadas Hum.H.A. Representación e identidades*. Universidad Nacional del Sur (2009)
www.Consideraciones%20psicoanaliticas%20sobre%20la%20identidad
- ERIKSON, Erik H. *Infancia y sociedad*. Hormé, Buenos Aires, 1970
Identidad, juventud y crisis. Paidós, Buenos Aires, 1971.
Historia personal y circunstancia histórica. Alianza, Madrid, 1979.
- FREUD, Sigmund. *Obras Completas*. Amorrortu, Buenos Aires, 2004.
a. *Manuscrito N.* (1897). Volumen I.
b. *Proyecto de psicología*. (1959 [1895]). Volumen I
c. *La interpretación de los sueños* (1901 [1900]). Volumen V.
d. *Fragmento de análisis de un caso de histeria*. (1905 [1901]). Volumen VII.
e. *Psicología de las masas y análisis del yo*. (1921). Volumen XVIII.
f. *El yo y el ello*. (1923). Volumen XIX.
g. *Presentación autobiográfica*. (1925[1924]). Volumen XX.
h. *Alocución ante los miembros de la Sociedad B'nai B'rith*. (1926). Volumen XX.
i. *31° conferencia: la descomposición de la personalidad psíquica*. (1933 [1932]). Volumen XXII
- JONES, Ernest. *Vida y obra de Sigmund Freud*. Lumen-Hormé. Buenos Aires, 1996.
- LACAN, Jacques. *El Seminario. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud. 1953-1954*. Paidós, Barcelona, 1983.
- RODRÍGUEZ SUTIL, Carlos. «Erik Erikson: el hombre que se hizo a sí mismo». *Clínica e Investigación Relacional*. Vol 2 2008, págs. 354-357. [<http://www.psicoterapiarelacional.es/CelRREVISTAOnline/CEIRPortada/tabid/216/Default.aspx>]
- ROUDINESCO, Élisabeth y PLON, Michel. *Diccionario de Psicoanálisis*. Paidós, Buenos Aires, 1998.
- SCHUR, Max. *Sigmund Freud: enfermedad y muerte en su vida y obra*. Paidós, Buenos Aires, 1980.
- VIETES, Glenda. «Entrevista a Zygmunt Bauman». *El interpretador entrevistas*, 22, 2006 [www.elinterpretador.net/22EntrevistaZygmuntBauman.html]